

El genio de la cartuchera

Mario Méndez

Ilustraciones de Fernando Falcone



El genio de la cartuchera

Mario Méndez

Ilustraciones de Fernando Falcone

loqueleo

BIENVENIDA

Los genios, como el pequeño Abdul Lapislázuli, son originarios de la mitología árabe, donde se los llama Ifrit o Efrit. No siempre viven, como el famoso genio de Aladino, en una lámpara: hay algunos que están instalados en un anillo, como por ejemplo Shazam, un dibujito animado inolvidable que yo veía cuando era chico: uno de mis héroes favoritos. Shazam era un genio que aparecía cuando dos hermanos juntaban los medios anillos que cada uno llevaba en su mano, y más que otorgar deseos, lo que hacía era ayudar en sus aventuras a los dos protagonistas.

Otros genios se aparecen de pronto, sin relación con ningún objeto: viven en el aire, con el que se confunden (porque son invisibles) y en el aire se diluyen. Estos genios, o magos, pueden ser muy buenos, como Shazam o como el genio que ayudó a Aladino, pero también hay algunos que suelen gastar bromas

pesadas, cambiando el sentido de los pedidos de sus amos. Y, lamentablemente, también hay genios malvados, enemigos de los seres humanos.

Abdul Lapislázuli, el genio de la cartuchera, es un genio muy particular. Es árabe, como todos los genios, pero el destino lo ha traído a nuestras tierras. Añora sus desiertos de arena y por ahora, no habita lámparas o anillos, sino cartucheras, medio incómodo entre los lápices. Sólo puede otorgar deseos que tienen que ver con la escuela, pero a veces intenta saltarse las prohibiciones. Es bastante bromista y aunque puede ser un poco torpe, siempre tiene buenas intenciones. Habrá que ver si con su tendencia a bromear, y las pequeñas torpezas, consigue realizar buenas intenciones. Habrá que ver, en suma, si Abdul cumple o no con los deseos que le piden...

Mario Méndez



EL EXAMEN

Esa mañana de lunes Melisa Cuoco, la rubiecita de ojos verdosos de cuarto grado “B” está repasando mentalmente los temas del examen de Matemática, que estudió durante todo el fin de semana, cuando de pronto, ante la fotocopia con el examen, todo se le borra de la cabeza, como por arte de magia. Es como un relámpago, y Melisa, que es una buena alumna, comprende así, de repente, que sencillamente no se acuerda de nada. Va leyendo los puntos del examen, uno por uno, y ante cada pregunta o ejercicio le pasa lo mismo: es como si estuvieran escritos en chino. Desesperada, Melisa empieza a transpirar. No es la primera vez que le pasa y, como siempre, es culpa de sus nervios. Es que, a pesar de lo que le dice su mamá (“Sentite segura, estudiaste un montón”) o lo que le repite el maestro cada tanto (“Melisa, en los exámenes sacás menos nota de la que podrías porque no te tenés confianza, tenés

que estar más segura de lo que sabés”), a Melisa cada dos por tres le ocurren estas cosas, que no puede controlar. Mira a su lado, buscando ayuda, pero la voz del maestro, que observa todo parado en el centro del aula, le llama la atención, con tono severo.

—Melisa, por favor. Mirá tu hoja.

Melisa no sabe qué hacer. ¿Cómo le va a explicar a su mamá que se sacó un cero, que nada de lo que estudió estaba en su memoria en el momento de hacer el examen? Es un terrible problema. Sin saber por qué, Melisa agarra la cartuchera y la aprieta contra su pecho, como aferrándose a una ayuda, y ahí se queda, moviendo sin darse cuenta el cierre contra el bolsillo del guardapolvo. En eso está, cuando siente que le arde el pecho y piensa que se ha lastimado con el cierre, así que retira rápidamente la cartuchera de su cuerpo y la apoya en el banco. Otra vez mira la hoja y está a punto de largarse a llorar cuando algo le tironea de la solapa. Sorprendida dirige la mirada hacia abajo y allí ve, colgando de un botón, la increíble figura de Abdul Lapislázuli, el famoso genio de la cartuchera, que le hace señas. Melisa toma la extraña aparición entre sus manos y antes de empezar a gritar por el asombro comprende que las señas del hombrecito son para que